

**Cómo citar en APA:** Pareja-Ortiz, C. F. (2025). Verdad y Sociedad en la Era de la Inteligencia Artificial: Un Análisis desde la Perspectiva de San Agustín. *Revista Seminario Mayor de Medellín*, 3(40), 30-56.

**Fecha de recepción:** 18.07.2025 / **Fecha de aceptación:** 03.09.2025

# VERDAD Y SOCIEDAD EN LA ERA DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL: UN ANÁLISIS DESDE LA PERSPECTIVA DE SAN AGUSTÍN<sup>33</sup>

Truth and Society in the Age of Artificial Intelligence:  
An Analysis from the Perspective of Saint Augustine

CARLOS FERNANDO PAREJA ORTIZ<sup>34</sup> 

## Resumen

Los rápidos avances tecnológicos han impactado directamente la forma en que nos relacionamos, especialmente en el ámbito del aprendizaje, las relaciones interpersonales y las cosmovisiones que configuran la comprensión de la persona humana. Esta relación, que apenas comienza a descubrirse, puede generar grandes desafíos y, al mismo tiempo, plantea interrogantes sobre el sentido de la verdad y la autenticidad de la experiencia humana. Desde una lectura filosófica inspirada en Agustín de Hipona y en diversos autores, el presente artículo propone un diálogo entre la noción de verdad y los desafíos éticos y antropológicos que emergen a partir de los avances en la inteligencia artificial.

33 Artículo investigativo producto del curso “Seminario de lectura y escritura filosófica”. Trabajo asesorado por el Doctor Luis Fernando Fernández Ochoa.

34 Estudiante de Filosofía en la Universidad Pontificia Bolivariana. Seminarista del III año de la etapa discipular del Seminario Conciliar de Medellín. Correo electrónico: carlos.pareja@upb.ed.co

## Palabras Claves

Inteligencia artificial (IA), verdad, sociedad, comunicación, TIC (tecnologías de la información y la comunicación), deshumanización, información, noticias falsas.

## Abstrac

The rapid technological advances have directly impacted the way we relate to one another, especially in the realms of learning, interpersonal relationships, and the worldviews that shape human understanding. This relationship, which is only beginning to be explored, may give rise to major challenges while also raising profound questions about the meaning of truth and the authenticity of human experience. From a philosophical perspective inspired by Augustine of Hippo and various other authors, this article proposes a dialogue between the notion of truth and the ethical and anthropological challenges that emerge from advances in artificial intelligence.

## Keywords

Artificial intelligence (AI), truth, society, communication, ICT (information and communication technologies), dehumanization, information, fake news.

## Introducción

Una de las principales preocupaciones de la comunicación es la transmisión objetiva, clara e inmediata de la información, de la cual se espera que sea verdadera; la filosofía y las distintas ramas del saber han buscado establecer lo que es verdadero y cómo esto afecta al ser humano, por lo cual no es sorprendente que este tema haya sido una constante en la reflexión de los pensadores a lo largo de la historia, pues determinar qué es verdad y qué no lo es afecta la realidad del hombre.

Sin embargo, los avances tecnológicos han facilitado la propagación global de la información en cuestión de segundos, permitiendo la rápida generación y difusión de contenido que relata los hechos. No obstante, esta facilidad también ha dado lugar a una creciente manipulación por parte de los grandes medios de comunicación, el mercado y las propias plataformas digitales, las cuales pueden favorecer la difusión de información no veraz con el propósito de influir en la opinión pública. Como resultado, contenidos manipulados son presentados como verdades y, en muchos casos, asumidos y defendidos por

las masas sin un análisis crítico. Movidas por las emociones o por la atractiva presentación del contenido digital, muchas personas toman partido ante lo que las redes sociales les muestran o sugieren, sin cuestionar su veracidad (cf. Aguirre, E., Pareja, C., et al., 2023, p. 3).

Toda esta manipulación del mercado ha llevado a un exceso de información falsa, haciendo que el ser humano se pregunte sobre la relación entre verdad y sociedad, sobre la profundización en las grandes cuestiones antropológicas, así como también sobre temas psicólogos, de salud mental y cosmovisión del mundo, por lo que adquiere una importancia aún mayor en la actualidad, en un mundo caracterizado por el auge de la inteligencia artificial, preguntarse constantemente y oportunamente por la objetividad de los medios de comunicación y el impacto de la digitalización en la percepción de la realidad. Es evidente la creciente propagación de ideologías que desafían y se oponen a los valores y la cultura tradicionales, al igual que los nuevos modelos de pensamiento y comportamiento, impulsados en gran medida por la marcada deshumanización y la desconexión progresiva de la realidad. Esta desconexión no solo afecta la manera en que nos relacionamos entre nosotros mismos y con el mundo, sino que además introduce una serie de retos profundos en múltiples disciplinas.

En la ética, estos cambios nos obligan a reconsiderar los fundamentos morales que guían nuestras decisiones y acciones; en la antropología, la concepción misma de lo que significa ser humano se está replanteando debido a los cambios que afectan nuestra identidad, nuestros vínculos sociales y nuestra percepción del mundo; en la psicología se plantean las consecuencias de la desconexión de la realidad y de la vida cotidiana, las cuales presentan desafíos relacionados con el bienestar mental y emocional evidenciados en la creciente presencia de problemas como la depresión, la ansiedad y el estrés (cf. Aguirre, E., Pareja, C., Yepes, E., 2023, p.7). Finalmente, en la filosofía, estos cambios plantean preguntas fundamentales sobre la naturaleza de la verdad, la realidad y la existencia.

Esta naturaleza de la verdad es un concepto de gran importancia para la sociedad en la que la IA y las plataformas digitales se posicionan cada vez más como fuentes de información, desde las cuales se configura nuestra realidad social. En este contexto, las reflexiones de San Agustín sobre la verdad adquieren una relevancia particular.

La influencia creciente de la IA en la difusión y construcción de la verdad, plantea desafíos éticos y filosóficos que resuenan con las preocupaciones agustinianas sobre la autenticidad y la búsqueda de la verdad genuina. Las plataformas digitales, al facilitar la propagación rápida y masiva de información, a menudo sin una verificación adecuada, pueden difundir

“verdades” fragmentadas o distorsionadas que afectan la percepción colectiva de la realidad (cf. Aguirre, E., Pareja, C., Yepes, E., 2023, p. 5). Esta situación refleja la advertencia de San Agustín sobre los falsos ídolos y las opiniones engañosas que desvían al ser humano de la verdad.

Siguiendo lo anterior, esta reflexión explorará en el capítulo primero la búsqueda de la verdad desde el pensamiento agustiniano como una experiencia personal y trascendente, en contraposición a las visiones relativistas o meramente discursivas; se analizará la influencia de su trayectoria filosófica y teológica en la formulación del concepto de verdad. Luego, en el segundo capítulo se abordará el concepto de verdad y sociedad en la era de la inteligencia artificial, reflexionando sobre el impacto de las plataformas digitales en la percepción de la realidad. Finalmente, en el tercer capítulo se reflexionará sobre el papel de la inteligencia artificial en la construcción de la verdad y su relación con la visión de San Agustín; se examinará la convergencia entre los desafíos éticos y filosóficos actuales y la advertencia agustiniana sobre los peligros de los falsos ídolos y las opiniones engañosas; se planteará una discusión sobre los límites de la IA en la búsqueda de la verdad y su impacto en la configuración de la sociedad futura.

### **La reflexión agustiniana de verdad: el punto de partida del pensamiento**

Una de las necesidades humanas siempre ha sido el deseo de conocer la verdad, poseerla e incluso controlarla. Esta búsqueda ha llevado al ser humano a preguntarse sobre su entorno, sobre sí mismo y sobre el sentido de su existencia. Por tal motivo, este se ha convertido en un eje fundamental del pensamiento filosófico, antropológico y teológico que ha impulsado a pensadores a lo largo de la historia a plantearse preguntas esenciales: ¿Qué es la verdad? ¿Cómo se puede acceder a ella? ¿Existe una verdad absoluta o toda verdad es relativa?

Estas cuestiones, que trascienden el discurso académico, ocupan un lugar central en la existencia del ser humano, ya que lo orientan en sus búsquedas y son el principio del conocimiento, constituyendo así la base indispensable con la cual se da sentido y solidez a la razón. Como afirma Cuéllar Bassols (1981), “la verdad es el punto de partida y de llegada de toda investigación racional, pues sin ella el pensamiento pierde su fundamento y se convierte en una mera especulación sin orientación” (p. 39).

No es extraño entonces afirmar que el concepto de verdad ocupe gran parte de las reflexiones de los grandes pensadores de la historia. Filósofos como Sócrates, Aristóteles y Platón consideraban la verdad como el principio de la virtud y la convivencia social, pero además como la facultad indispensable para acceder a la razón. Este último, en su obra *La*

*república* (1993), afirma: “Menester que el verdadero amante de la sabiduría tienda, desde su juventud, a la verdad sobre toda cosa” (VI, 485).

Este asunto es fundamental en el pensamiento platónico, estructurando tanto su método como su forma de conocer. Para Platón, el conocimiento verdadero no puede provenir de los sentidos, ya que el mundo sensible está sujeto a la mutabilidad y al engaño, tema que explica muy bien en su alegoría de la caverna, en el capítulo séptimo de *La república*, donde expone a profundidad este punto de su pensamiento y afirma que las cosas que percibimos son solo sombra o reflejo de las realidades auténticas que existen en el mundo inteligible.

Por ello, el filósofo griego sostiene que únicamente el alma, mediante la razón y la dialéctica, puede elevarse a la contemplación de las ideas puras donde reside la verdad, y este elevarse implica un rechazo a todo lo que se considera falso, corruptible y efímero en favor de lo bello, lo justo y lo bueno, ideas supremas que orientan la vida recta y la auténtica sabiduría. “La verdad no es el simple registro discursivo de un correcto ajuste de la mente a la cosa... sino el acontecimiento de una experiencia, una afección precisa en la subjetividad de quien procura conocer una realidad” (Landa, 2021, p. 84).

Es claro que para Platón la verdad no es un concepto abstracto, sino la meta última de la razón, el deseo que la impulsa y el premio de la perseverancia, pero también la posibilidad de obrar correctamente y ordenar la vida no desde la opinión sino desde las ideas. “No debemos aceptar lo que generalmente se dice acerca de la felicidad, como si consistiera en gozar, sino que debemos examinar si aquellos que dicen la verdad no afirman que el vivir bien y el vivir justamente es lo mismo que el ser feliz” (Platón, 1993, 580b).

La definición de verdad dada por Platón ejerció una profunda influencia en la teología y la filosofía cristianas. La reflexión agustiniana bebió del pensamiento neoplatónico y reinterpretó, a la luz de la fe y del Evangelio, muchas de las ideas expuestas en *La república*, *El banquete* y demás obras de Platón, convirtiéndolas en un camino espiritual acorde con los modelos de pensamiento dictados por las cosmovisiones del mundo de su época y su deseo de conocer a Dios desde el pensamiento racional. Como señala Vilarroig Martín y otros autores (2023): “Platón fue el primer filósofo pagano en impactar significativamente en la teología cristiana” (p. 25), influyendo en la búsqueda agustiniana de la verdad como principio fundamental.

El concepto de verdad es, pues, el punto de partida del pensamiento agustiniano y el motor de su transformación interior. En su obra más íntima, *Las confesiones*, San Agustín reflexiona sobre el papel central de la verdad en la vida humana y en la búsqueda del

conocimiento, cuyo fin último debe ser la felicidad. Tras afirmar que todo conocimiento verdadero proviene de Dios y que solo este conocimiento puede conducir al ser humano a la auténtica felicidad proclama, dice: “La felicidad es el gozo de la verdad” (2003, X,23,49), es decir, de Dios mismo, a quien invocó como la Verdad absoluta.

Sin embargo, llegar a esta conclusión no fue un proceso fácil para Agustín. Antes de alcanzar la comprensión de la verdad, plasmada en obras como *Los soliloquios o Contra académicos*, tuvo que pasar por muchos modelos de pensamiento, formas de comprender la realidad e incluso momentos de crisis, dolor y transformación interior, que lo llevaron a reconocer, como lo relata en *Las confesiones*, este camino errante: “Desde los diecinueve años hasta los veintiocho, fuimos seducidos y seductores, engañados y engañadores” (Agustín, 2003, IV,1,1).

Durante este periodo, de nueve años aproximadamente, San Agustín se dejó cautivar por la doctrina maniquea, creyendo encontrar en ella una explicación racional a los problemas del bien y del mal, lejana de las supersticiones y pensamientos absurdos. Al respecto, da a conocer su motivación: “Deseando purificarme de aquellas inmundicias” (Agustín, 2003, IV,1,1) planteadas por la doctrina cristiana, que esclavizaban a los hombres al no permitirle vivir en libertad y no asumir su condición divina según el pensamiento de Mani<sup>35</sup>.

En la obra *Tratado de la verdad* de la Universidad de los Andes se afirma que este deseo de buscar la verdad nace en San Agustín cuando, adelantando los estudios de retórica en Cartago, se acerca a la obra del *Hortensio* de Cicerón, de la cual afirma que “provocó una transformación radical en sus aspiraciones y que con esta obra nace el deseo de dedicarse a la filosofía y buscar el conocimiento de lo verdadero” (Canterbury et al., 2018, p. 152).

Su pasión por la retórica, impulsada por el deseo de reconocimiento y prestigio, lo alejó aún más de la verdad auténtica. En esta etapa de su vida, según relata en *Las confesiones*, su principal preocupación era el dominio del arte de la persuasión, la justificación de su visión de realidad desde la lógica maniquea y su afán por desacreditar aquellas ideas que consideraba retrógradas, al ver en ellas un obstáculo para la libertad y la razón. “Entre estos tales estudiaba yo entonces, los libros de la elocuencia, en la que deseaba sobre todo salir con el fin condenable y vano de satisfacer la vanidad humana” (Agustín, 2003, IV,10,2).

---

35 Mani (aprox. 216–276 d.C.) fue predicador y fundador del maniqueísmo, religión sincrética que combinaba elementos del cristianismo, el zoroastrismo y el gnosticismo. Sostiene una visión dualista radical, según la cual el mundo está dividido entre dos principios eternos y opuestos: el bien (luz) y el mal (oscuridad).

Un ejemplo de ello son las Sagradas Escrituras, a las cuales trató de acercarse en un primer momento; sin embargo, rápidamente las despreció, argumentando que era un libro oscuro, lleno cuestiones no explicadas y que tendían a quedar en el vacío, mientras que las demás formas de pensamiento generaron un deseo de poseer la verdad y de filosofar. Al respecto relata en *Las confesiones*: “¡Cómo ardía, Dios mío, cómo ardía en deseos de retomar el vuelo de las cosas terrenas hacia ti, sin que yo supiera lo que entonces tú obrabas en mí! Porque en ti está la sabiduría. Y el amor a la sabiduría tiene un nombre en griego, que se dice Filosofía, al cual me encendían aquellas páginas” (Agustín, 2003, III,4,8).

San Agustín creía que el hombre de su época debía desprenderse de concepciones que, a su juicio, limitaban la capacidad de pensar y actuar, especialmente con lo relacionado al disfrute de los placeres y la satisfacción del cuerpo mediante el goce de lo sensible. Sin embargo, esta postura, combinada con una marcada soberbia intelectual, lo condujo, como lo relata con claridad en el tercer capítulo de *Las confesiones*, a un escepticismo cada vez más profundo, en el que la búsqueda de la verdad se convirtió en un ejercicio meramente argumentativo, con poca reflexión y movido más por la aprobación. En lugar de esclarecer su camino y saciar su sed de verdad, se introdujo poco a poco en una ceguera interior, marcada por la tristeza y el sinsentido.

Más que adentrarse en conceptos como la verdad absoluta, el joven Agustín abordaba la cuestión de la verdad desde una necesidad personal, como un intento de acallar la inquietud de su corazón. Años más tarde, en un ejercicio de introspección, reconocería que esa voz que lo llamaba a la verdad siempre había estado dentro de él, recordándole que su anhelo más profundo no se saciaba con el mero éxito intelectual o la aprobación de quienes luego diría serían “malas compañías”, sino con el encuentro de la verdad misma, la cual es inmutable, eterna y divina: Dios mismo.

Los delitos carnales, así también los errores y opiniones falsas contaminan la vida si la inteligencia racional está viciada, como estaba entonces en mí, que no sabía que debía ser iluminada por otra luz para poder participar de la verdad, ya que no es ella la esencia misma de la verdad... Señor, eres la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo... Pero yo hacía esfuerzos hacia ti, y era rechazado lejos de ti, tanto que tenía sabor a muerte, pues resistes a los soberbios. Y ¿qué podría ser más soberbio, que aseverar con increíble locura, que yo era por naturaleza lo que tú eres? (Agustín, 2003, IV,15,25).

No es posible entender el concepto de verdad en San Agustín sin considerar su historia personal, ya que es precisamente su experiencia de búsqueda, amor y deseo de poseer la

verdad, de entenderla y de contemplarla donde se fundamenta no solo su construcción filosófica, sino también su reflexión personal sobre la vida y mundo interior.

Su camino intelectual y espiritual lo llevó por diversas corrientes, hasta que en su encuentro con Dios estableció una concesión de verdad trascendente, lejos de las especulaciones teóricas o las frases convincentes de la lógica de la persuasión. Como señala Pegueroles (1962), “Agustín ha encontrado un ideal superior al que consagrar la vida. La vida ya no es para el placer ni para los honores. No es para el bien terreno. Es para la Verdad, para la Sabiduría. En su espíritu ha habido una revolución y una nueva jerarquización de valores” (p. 73).

Así, San Agustín abandonaba el maniqueísmo y el escepticismo, abriéndose a una forma de verdad, no como un mero objeto de debate intelectual o una herramienta capaz de manipular; su conversión lo lleva a descubrir la verdad como una realidad viva, con un rostro, un nombre y un propósito cargado de significado. “Entré en el círculo de los maniqueos y caí en sus redes porque prometían, dejando a un lado el testimonio odioso de la autoridad, llevar hasta Dios, librándonos de todo error, y por un ejercicio estrictamente racional, a cuantos se pusiesen sumisos en sus manos” (Agustín, 2003, VI,5,7).

Este giro no solo transforma su visión filosófica, sino que también configura un nuevo método de conocimiento, que ya no se apoya exclusivamente en la razón, sino en la interioridad iluminada por la gracia, donde se vale equivocarse y poco valen las opiniones, donde se parte de “los datos de la conciencia, como lo hará después Descartes” (Hirschberger, J., 1959, p. 236).

Desde este punto, San Agustín comienza a reflexionar no tanto en la mera posesión de la verdad, sino en el camino interior que lo conduce a ella. Comprende que la verdad no es simplemente un objeto de dominio intelectual, sino una realidad que transforma al ser humano y da sentido a su existencia (Canterbury et al., 2018, p. 154). Su búsqueda ya no se basa únicamente en la especulación filosófica, sino en un proceso de autoconocimiento iluminado por la fe, donde razón y revelación apoyan la búsqueda del “conocimiento de la eternidad” (Canterbury et al., 2018, p. 153); esto es lo que define San Agustín como filosofía.

San Agustín establece así una profunda relación entre la fe y la razón, reconociendo que ambas son vías necesarias para acceder a la verdad. La Sagrada Escritura se convierte en su fuente primera de conocimiento, pero, al mismo tiempo, presta atención a lo que experimenta en lo más profundo de su ser: la inquietud, la insatisfacción y el anhelo de

comprender. Esta misma inquietud fue la que en su juventud lo llevó a cuestionar las doctrinas maniqueas y, posteriormente, a abrirse a una verdad más grande, no construida por el hombre, sino revelada por Dios.

El primer paso del método agustiniano para el conocimiento de la verdad parte entonces de la base de lo particular, es decir, de interiorizar aquello que se siente en el corazón, que se experimenta en la realidad, concepto compartido y ampliamente desarrollado por Tomás de Aquino en su *Suma contra gentiles* (1951). Allí, en el libro 1, 59, argumenta que el proceso para conocer la verdad parte de lo particular y pasa por la realidad, ayudando a comprenderla: “La verdad es la adecuación del intelecto con la realidad”.

Siguiendo esta idea tomista, Kant, en su *Crítica de la razón pura*, se preocupa por descubrir los límites de la razón, siendo precisamente el conocimiento de la verdad el principal límite del hombre. Para Kant, la verdad está ligada a la relación entre el pensamiento y la realidad, comenzando con la experiencia sensible. Argumenta que existe una distinción entre las cosas “tal como son accesibles en la medida en la que se aparecen (fenómenos) y las cosas tal como son en sí mismas (nóúmenos)” (Cuéllar Bassols, 1981, p. 39). Esto quiere decir que para Kant el conocimiento humano está condicionado por las estructuras de la mente, lo que significa que solo podemos conocer la realidad y, por consiguiente, la verdad en la medida en la que nuestra razón lo permite.

A la vez, plantea la existencia de una verdad absoluta que solo es accesible a lo divino, permaneciendo inaccesible a los hombres. A esta perspectiva la llamó “idealismo trascendental”, estableciendo así un límite claro entre lo que el hombre puede conocer y aquello que le es inaccesible (Cuéllar Bassols, 1981, p. 39). Según esto, el hombre solo puede acceder a la verdad en las cosas de la realidad, tal como se manifiesta, sin alcanzar su última esencia. No obstante, esta imposibilidad no detiene el impulso por la verdad, sino que la motiva a seguir buscando.

Para Descartes, el tema de la verdad ocupó un espacio grande en su pensamiento. Trabajó este tema en su *Discurso del método* y en las *Meditaciones metafísicas*, donde plantea la duda metódica como el elemento principal para la búsqueda de la verdad.

Mientras Descartes emprende este camino movido por una necesidad de certeza racional, estableciendo un método que le permita distinguir lo verdadero de lo falso con absoluta seguridad, San Agustín se mueve por una inquietud existencial y un deseo profundo de plenitud. Luis Cuéllar Bassols establece un paralelo entre ambos pensadores en su obra *El hombre y la verdad* (1981):

...Es, desde luego, muy distinta de la que envuelve la actitud filosófica que hemos descrito y que hemos creído encontrar, vibrante, en las *Confesiones* de San Agustín. El cotejo de estas obras, coincidentes en relatar una aventura espiritual de vital importancia para sus dos protagonistas, sería sin duda sugestivo y útil. Lo primero y más visible que nos revelaría, sería la diversa disposición anímica de uno y otro en su búsqueda de la Verdad. En tanto que el joven Agustín se lanza a ella con el único bagaje de ese «ardiente amor» que el «Hortensius» ciceroniano supo inspirarle por la verdadera Sabiduría, y que no cesa hasta inducirle a realizar aquella total entrega de sí mismo que ésta exige para poder, a su vez, entregársenos, Descartes aparece desde un principio extraordinariamente preocupado por equiparse con un método infalible para no ser engañado por nada (p.166).

La verdad y la búsqueda de lo verdadero para San Agustín comienza desde la interioridad del ser humano; lo que se vive y se siente en el interior, se purifica por el encuentro con la Sagrada Escritura, donde habla Dios, la Verdad misma, por lo que en su Palabra no puede existir la mentira o la falsedad. Y se apoya en la fe y la razón, pues “para el de Hipona la verdad no es plenamente accesible para nuestro saber y esta surge en la pluralidad de los sentidos de las Sagradas Escrituras” (Canterbury et al., 2018, p.168).

En otras palabras, el método de San Agustín no se basa en una lógica deductiva, como la de Descartes, ni tampoco en la propuesta empirista dada por Aristóteles, ni se sostiene en el mero deseo de ser justos como Platón, sino que más bien, desde la lógica agustiniana, es una búsqueda interior iluminada por Dios y sostenida por la relación entre fe y razón: “*Crede ut intelligas, intellege ut credas*”.

A partir de esto, San Agustín, al hablar de verdad, distingue entre lo que es verdadero y lo que se considera propiamente verdad; él utiliza el siguiente ejemplo en *Los soliloquios*: el casto no hace la castidad, sino más bien la castidad al casto. De la misma manera, lo verdadero lo es por la verdad, la cual es eterna, ya que no pertenece a lo meramente físico o etéreo, sino que procede de Dios. Por lo tanto, es un reflejo del bien supremo.

Esto quiere decir que la verdad es aquello que es eterno, y lo que no es verdad (lo cual es falso) necesariamente no procede de Dios. Aquí se entra en un conflicto, pues para conocer la verdad según el argumento agustiniano se hace indispensable estar atento y dispuesto a la iluminación divina y a la reflexión interior del hombre, ya que el acceso a la verdad no es posible a través de los sentidos, lo que implica realizar un discernimiento entre lo que es y no es falso (Agustín, 1984, p. 108).

La verdad exige que el hombre se enfoque en la interioridad y la conciencia propia, es decir, el hombre debe trascender su condición física y perecedera mediante la ayuda de la fe, la esperanza y la caridad, lo que le permite llegar a una verdad que supera lo físico y la misma naturaleza humana. “No sería justo buscar la verdad en el exterior cuando puede hallarse en lo profundo de nuestro ser” (Agustín, 1984, p. 82). Sin embargo, el hombre del siglo XXI tiene poco de interioridad y es evidente su desconexión consigo mismo y con su ser de persona. Entonces, valdría la pena preguntarse: ¿El hombre del mundo actual puede acceder a la verdad? ¿Con qué medios busca acceder a ella?

### **Verdad, sociedad e inteligencia artificial en la era de lo inmediato**

En las últimas décadas, la humanidad ha experimentado una evolución tecnológica sin precedentes, marcada por los avances que han transformado la forma en la cual nos comunicamos; accedemos a la información e interactuamos con el mundo y, por ende, con la verdad. La invención de la internet ha marcado un antes y un después en la revolución digital, permitiendo la interconexión global y facilitando el acceso a datos de todo tipo de forma inmediata. A esto se suma el auge de las redes sociales, que han redefinido la manera en la cual las personas se relacionan, comparten conocimiento y constituyen su identidad, a tal punto que “se han convertido en una presencia permanente en la vida de la mayoría de los ciudadanos. Y también en la justificación de muchos de los temblores que sacuden a un mundo cada vez más difícil de comprender desde los marcos conceptuales que heredamos del siglo XX” (Galup, 2019, p. 20).

En el mundo de hoy, las redes sociales se han convertido en mediadoras de la realidad, un elemento indispensable para conocer el mundo y el lugar para compartir ideas, noticias y vivencias diarias, incluso propuestas políticas y causas sociales, haciéndolas no solo un lugar donde se almacenan datos, gustos y vivencias, sino el medio de expresión primordial capaz de imponer ideologías. Todo esto hace que el impacto de las redes sociales no se debe subestimar, pues “en los últimos años las redes sociales se han convertido en uno de los territorios más importantes en los que ocurre ese intercambio. Para quienes buscan generar consensos alrededor de causas o políticas públicas, las redes y los entornos digitales resultan interfaces claves para articular discursos y apropiarse de agendas” (Galup, 2019, p. 33).

No han sido pocos los ejemplos en los que las redes han redefinido realidades tanto políticas como sociales, transformándose en agentes de cambio en los eventos y momentos sociales del mundo de hoy. En este sentido, Galup (2019), en su obra *Big Data y política*, describe cómo en Argentina, en el año 2018, el impulso generado a través de las redes sociales desempeñó un papel determinante en el estallido social conocido como el “Día

de la acción verde por el derecho al aborto”. Este movimiento masivo de activismo digital, originado y amplificado en plataformas como Twitter, Facebook e Instagram, contribuyó significativamente al debate público y terminó influyendo en la posterior legalización del aborto en el país. Como señala Galup, “las redes sociales no solo ayudan a visibilizar la causa, sino que permitieron utilizar acciones colectivas en tiempo real, sumando a miles de voces en una narrativa común” (2019, p. 107).

Este fenómeno no ha sido exclusivo de Argentina. En otros contextos, como en México y Brasil, las redes sociales también se consolidaron como herramientas estratégicas en la arena política. Durante las elecciones presidenciales en México, el candidato Andrés Miguel López Obrador (AMLO), y en Brasil, Jair Bolsonaro, lograron posicionarse como figuras dominantes en el discurso digital, aún sin participar constantemente en los debates realizados por los canales televisivos de sus respectivos países. A través del uso de las redes sociales, estos dos candidatos lograron interactuar con grandes sectores de la población, generando millones de interacciones, búsquedas y menciones en internet. Esta visibilidad virtual se tradujo en una fuerza política que, en gran medida, influyó en el resultado de las elecciones. Además, para no ir más lejos, valdría la pena traer a la memoria las manifestaciones juveniles que se gestaron en Colombia en el año 2021 contra el gobierno de Iván Duque. Allí, grandes colectivos juveniles promovieron diversas marchas mediante las redes sociales, logrando paralizar por varios días el país y obligando al gobierno a sentarse a dialogar.

Estos casos evidencian cómo la lógica de la comunicación política ha cambiado drásticamente. La capacidad de *viralización*<sup>36</sup>, el manejo de algoritmos y la segmentación personalizada de mensajes han hecho que las redes sociales no solo acompañen los procesos electorales, sino que configuren y orienten la opinión pública, y condicionen las agendas mediáticas, pues las redes sociales rompen las formas tradicionales de la comunicación en el ámbito político, generando una relación más directa y movida por lo emocional. En este nuevo panorama, el poder de la información ya no está únicamente en las manos de los grandes medios tradicionales, sino también en las dinámicas digitales que, con velocidad e intensidad, pueden constituir o destruir reputaciones, difundir ideologías o encender movimientos sociales con impacto tangible en la vida política de las naciones.

La *hiperconectividad*<sup>37</sup> es otro factor clave en esta transformación, pues la constante salida al mercado de dispositivos móviles más eficientes, rápidos y accesibles ha hecho que

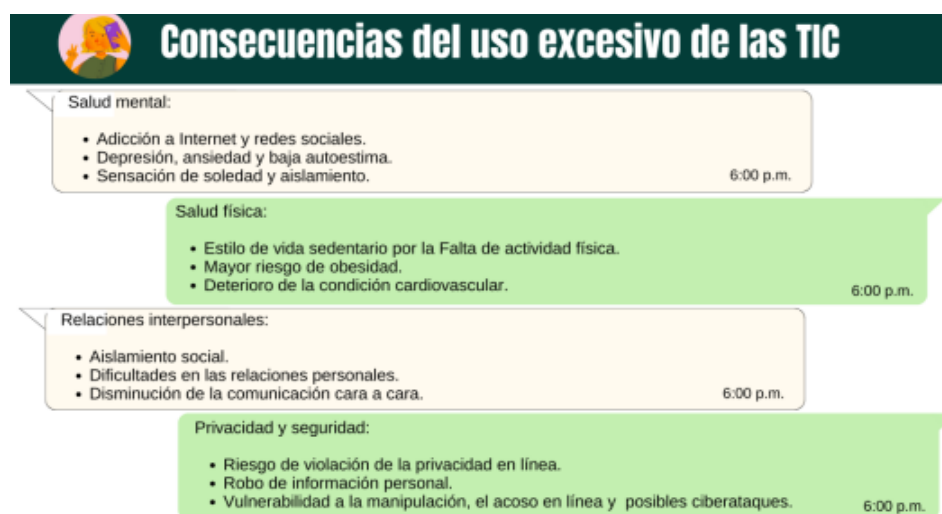
---

36 Difusión rápida de un contenido en línea, generalmente a través de redes sociales, que genera una gran cantidad de comparticiones, interacciones y atención en un corto periodo de tiempo.

37 Conexión constante e intensa entre personas, dispositivos y sistemas, a través de tecnologías y redes, más allá de la simple interconexión.

casi cualquier persona pueda conectarse en tiempo real desde cualquier parte del mundo. Estos avances no solo han democratizado el acceso a la información, sino que también han abierto la posibilidad de la generación de contenido, permitiendo a cualquier persona compartir sus ideas, noticias y experiencias de forma inmediata.

Este flujo constante de datos y la posibilidad de generar y consumir contenido de forma instantánea en cualquier parte del mundo han cambiado radicalmente la dinámica del intercambio de información. Ahora, la inmediatez y la viralidad son elementos fundamentales en la transmisión del conocimiento, lo que ha modificado los hábitos de consumo informativo y ha generado tanto oportunidades como desafíos en términos de verdad, manipulación de la información y formación del pensamiento crítico, e incluso afectaciones en la salud mental y el relacionamiento social de todas las personas, particularmente de niños y adolescentes. Esto lo evidenciamos en la siguiente figura<sup>38</sup>:



Una de las grandes preocupaciones es la despersonalización generada por el uso excesivo y desmedido de las redes sociales ya que “el ansia de los productores de contenidos por lograr *likes* y vistas, unida a la experiencia de vacío de muchos de sus consumidores, hacen que el entretenimiento y la comunicación de experiencias sea lo vital en el mundo digital. Así, se trivializan situaciones de conflicto armado, confrontaciones entre naciones, trata de personas, atentados contra el medio ambiente, produciendo contenidos sensacionalistas que cada vez más desligan a las personas, no de la realidad, sino del compromiso que se tiene en la transformación de la misma” (Triana, 2024, p. 8).

38 Figura 1. Consecuencias del uso excesivo de las TIC. Fuente: Elaboración propia a partir de los estudios realizados por Alemany-Martínez, 2022 y Rodado et al., 2021.

Esta pérdida del sentido se produce principalmente debido al apego y al sentimiento de confort que ofrece el mundo digital, el cual genera una sensación de seguridad y control que muchas veces resulta inaccesible en la vida real. Esta dinámica resulta particularmente atractiva para niños y adolescentes, quienes, debido a los cambios propios de su etapa de crecimiento o a las situaciones cotidianas que exigen la toma de decisiones importantes, encuentran en el entorno digital un refugio. Sin embargo, adaptarse al espacio virtual, sin plena conciencia de las implicaciones, hace que se expongan a riesgos frente a su salud mental, como la depresión, la ansiedad y el estrés, al igual que confusiones internas. Turkle (2019) advierte que “nos sentimos aliviados cuando podemos reemplazar una conversación real, que requiere esfuerzo emocional, por una interacción más superficial en la que controlamos la imagen que proyectamos” (p. 14).

Según Hootsuite, en su informe del año 2022, Colombia es uno de los países donde más se utilizan redes sociales, con un promedio superior a tres horas diarias de uso por usuario, sumado a un estilo de vida acelerado, a una deshumanización a raíz de la tecnificación y a la adicción por los dispositivos móviles, algo que ha generado una dificultad clara para optimizar procesos de socialización (cf. Vargas Llosa, 2015). Por consiguiente, la facilidad de establecer relaciones en el entorno virtual, en comparación con el entorno físico, ha aumentado significativamente, especialmente entre los adolescentes.

Los estudios realizados por Alemany-Martínez (2022) demuestran que plataformas como TikTok, Instagram o Facebook pueden generar modelos de conductas y estereotipos, e incluso grupos sociales, que van transformando la identidad de los adolescentes, algo que, en muchos casos, va acompañado de presión social, teniendo como resultado un desequilibrio en la salud mental (cf. Lara Navarra et al., 2018).

Sin embargo, la llegada de la IA ha traído consigo una transformación en el mundo digital, que no solo aceleró la ya marcada generación de contenido, sino que ha traído consigo nuevas preocupaciones en el campo laboral y relacional, además de preguntas en el campo de la ética que tienen que ver con la verdad, la originalidad del contenido y el desarrollo cognitivo del aprendizaje.

Entonces, ¿qué es la inteligencia artificial? Ciertamente es una pregunta compleja, ya que son muchas y variadas las respuestas que se pueden dar sobre el concepto de los sistemas de IA. La definición más simple podría ser que la IA “es la capacidad de las máquinas para usar algoritmos, aprender de los datos y utilizar lo aprendido en la toma de decisiones tal y como lo haría un ser humano” (Rouhiainen, 2018, p. 17), con la diferencia que la IA se nutre y aprende de todo lo que se encuentra en la red y que, a su vez, es actualizada por las

personas en todos los lugares del mundo. Esta es su principal ventaja: acceder a volúmenes de datos infinitamente grandes y procesarlos a una velocidad mucho más rápida que el ser humano.

Muchas de las funciones de la IA, podríamos mencionar algunas que Lasse Rouhiaien señala en su libro *Inteligencia artificial* (2018): el reconocimiento de imágenes, la clasificación y etiquetado, el procesamiento de datos, la detección y clasificación de objetos, la distribución de contenido en redes sociales, la protección contra amenazas a la seguridad cibernética, como también el marketing digital, que en los últimos años se ha convertido en un factor fundamental en los modelos económicos mundiales, ya que “la IA se está utilizando para ayudar a los profesionales a tomar decisiones basadas en datos y optimizar el alcance” (Liberos Hoppe et al., 2024, p. 15).

Pero la IA no se reduce únicamente a los conocidos chats o asistentes virtuales que responden preguntas; ayudan a la toma de decisiones o facilitan ciertas tareas. Su alcance va mucho más allá, ya que se basa en una serie de procesos complejos llamados algoritmos, los cuales permiten a los sistemas realizar tareas de manera automática. Un algoritmo, como lo explica el manual de IA desde cero, “recoge una serie de instrucciones, paso a paso, que los ordenadores siguen para resolver un problema o poder realizar una tarea. Es como una ‘receta de cocina’ que le dice al ordenador exactamente qué hacer y en qué orden” (García García-Tuñón, 2024, p. 44), mediante una serie de procesos matemáticos complejos.

Estos algoritmos tienen la capacidad de aprender y nutrirse a partir de patrones dados por quienes utilizan los medios digitales, sea cual sea, pues las redes sociales, los motores de búsqueda y aplicaciones (app) emplean la IA con el objetivo de brindar una experiencia personalizada mediante la creación de perfiles detallados de cada usuario con fines comerciales, de segmentación publicitaria y de fidelización.

Las redes sociales, por ejemplo, han sabido explotar estas capacidades de la IA en sus motores de búsqueda, sistemas de recomendación, notificación y contenidos sugeridos. Así, cada usuario visualiza en sus plataformas información afín a sus intereses, comportamientos y formas de pensar. “La IA, y especialmente el aprendizaje automático, ha logrado avances significativos. Este hecho ha permitido a los algoritmos hacerse cargo de muchas de nuestras actividades, incluyendo la planificación, el habla, el reconocimiento facial y la toma de decisiones” (Coeckelbergh, 2020, p. 7).

No obstante, esta despersonalización conlleva implicaciones éticas y sociales significativas, ya que “muchas personas perciben la identidad de los espacios solo interactuando con sus representaciones en el mundo digital” (Entezari Najafabadi, 2022, p. 37), relegando la

experiencia de la realidad a una construcción parcial programada por los medios digitales. Al privilegiar las representaciones digitales por encima del contacto real con los espacios, se corre el riesgo de perder la riqueza de la vivencia cotidiana, generando una cultura de la apariencia donde prima lo superficial y la desconexión.

Además de lo anterior, otro de los principales problemas asociados a la IA y a los algoritmos es la adicción, debido a la exposición constante de contenidos diseñados para captar y mantener la atención de los usuarios. Este tipo de programación puede provocar una afectación marcada en la salud y bienestar mental, pero, además, pueden moldear y transformar las cosmovisiones y valores de quienes se sumergen en las redes sin ningún cuidado, principalmente de los niños y adolescentes, las cuales obstaculizan su desarrollo tanto físico como moral y ético.

No es lejana la noticia del año 2024, cuando varios estados de Estados Unidos pusieron en la mira el algoritmo de diferentes redes sociales, especialmente de TikTok. En aquella ocasión se cuestionaba sobre las redes sociales, ya que generaban una profunda adicción en sus usuarios, sobre todo en los más jóvenes, al punto de ser calificadas como verdaderos “inductores de dopamina”, diseñados intencionalmente para crear hábitos adictivos, según informaron medios como *The guardian*, uno de los periódicos más importantes de ese país.

Los algoritmos de estas aplicaciones están programados para maximizar el tiempo de uso a través de recompensas inmediatas que alteran los circuitos de placer del cerebro. Esto ha provocado que muchos niños, adolescentes y jóvenes utilicen las app de manera compulsiva, afectando su salud mental, su capacidad de concentración, sus relaciones interpersonales, los procesos de aprendizaje y, además, el sano desarrollo de la personalidad (cf. Universidad Isabel I, 2024). Ante esta situación, surgieron debates públicos que han buscado una regulación más estricta con el fin de proteger a toda la población, en especial a los más pequeños.

Pero, realmente, los retos impuestos por los avances tecnológicos del siglo XXI, en el que la IA se posiciona como la expresión más importante y visible de esta revolución digital, no se terminan en los anteriormente mencionados; podría decirse que uno de los principales retos a los cuales se enfrenta la moral, la ética, la filosofía, incluso la antropología y la psicología del mundo actual es la deformación del concepto de verdad y la relación del hombre con lo que no solo se considera verdadero o falso, sino más bien con los contenidos que se presentan como verdaderos. Las burbujas de opinión y la manipulación emocional a través de contenidos creados para captar la atención han distorsionando la percepción de la realidad, el juicio moral y ético, la identidad y la toma de decisiones de los hombres y mujeres del mundo de hoy.

## La tercera ciudad: el mundo digital

“Dos amores fundaron dos ciudades; a saber: el amor propio hasta el desprecio de Dios, la terrena, y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloria en sí misma, y la segunda, en Dios, porque aquella busca la gloria de los hombres, y esta tiene por máxima gloria a Dios, testigo de su conciencia” (Agustín, 2003, XIV,28).

Algo es claro: el hombre ha descubierto un nuevo mundo, ha colonizado un nuevo espacio, no físico, sino virtual: el metaverso, uno de los elementos generados por los sistemas IA. El metaverso “es un mundo virtual... una red de experiencias y dispositivos, herramientas e infraestructuras interconectadas que van mucho más allá de la mera realidad virtual. Internet ya no estará solamente al alcance de la mano: rodeará nuestras vidas, trabajo y ocio, que pasarán a tener lugar dentro del metaverso” (Ball, 2022, p. 5). Esto quiere decir que lo que hasta hace algún tiempo era imposible, ahora es cotidiano: el hombre puede habitar literalmente en lo virtual mediante los avances dados por la IA.

San Agustín, al analizar la realidad de su tiempo, se ve en la necesidad de escribir una obra que respondiera a la situación política y social del momento. *La ciudad de Dios* surge entonces como una denuncia ante el desorden moral y ético que enterraba al imperio ya agonizante y agravado por las guerras: “No se derrumbó Roma por causa de los cristianos, sino por los vicios de los hombres que la gobernaban” (Agustín, 2003, I,33).

A través de sus argumentos, San Agustín busca explicar que la verdadera causa de la caída del Imperio Romano no fue el cristianismo, sino la corrupción interna de la sociedad, y aunque el concepto antropológico de San Agustín está distante de los modelos de pensamiento de la filosofía actual y, por consiguiente, de su manera de reflexionar otros conceptos, no se puede caer en el error de pensar que su visión de la sociedad, plasmada en *La ciudad de Dios*, ha quedado desactualizada; por el contrario, su planteamiento de las dos ciudades, especialmente el contraste entre la ciudad de Dios y la ciudad del hombre, puede iluminar la construcción de unos parámetros éticos para el uso de la IA mediante una reflexión sobre la sociedad contemporánea y la manera de relacionarnos en la era digital, especialmente al identificar su propuesta sobre la sociedad, la verdad y la persona humana, enfocándola en los nuevos modelos generados por la revolución digital.

En la ciudad terrenal o del hombre del siglo XXI, marcada por las plataformas digitales y los algoritmos que moldean el flujo de información, la verdad parece fragmentarse: “La ciudad terrena, dominada por el deseo de dominar, se aparta de Dios, buscando su gloria en la dominación de los demás” (Agustín, 2003, XV,4). La IA y los medios de comunicación

social se han hecho un espacio importante en la sociedad de hoy, a tal punto de crear un nuevo mundo: el mundo o ciudad digital, este “mundo digital creado por la informática genera varios mundos virtuales que contienen diferentes grados de realidad. Algunos de estos mundos se originan en sueños y fantasías y pueden transformar los valores” (Entezari Najafabadi, 2022, p. 33).

Lo anterior podría guardar relación con el mito de la caverna de Platón, referenciado anteriormente, si allí se presenta el hombre como un ser que vive desde su infancia en una cueva bajo tierra y que solo tiene una puerta abierta hacia la luz donde solo ve las sombras del mundo exterior. De manera análoga, el hombre hiperconectado de nuestro tiempo permanece absorbido por el flujo constante de contenidos digitales, diseñados principalmente para entretenerlo y capturar su atención. Sin embargo, esta sobreexposición lo desvía de la realidad, reduciendo su cosmovisión al reflejo que recibe a través de las pantallas, los medios y las redes sociales. Así como los prisioneros de la caverna confundían las sombras con la realidad, el hombre actual corre el riesgo de aceptar como verdadero aquello que el mundo digital le ofrece, sin buscar una conexión más auténtica con el ser, la verdad y el mundo real.

El contenido en el mundo o ciudad digital prioriza lo viral o lucrativo sobre lo verdadero o moral. Como señala Rouhiainen (2018), “la IA se utiliza principalmente para distribuir contenido en las redes sociales, creando experiencias altamente personalizadas y buscando captar y mantener la atención del usuario de forma constante” (p. 18). Esto crea un entorno donde la verdad se relativiza y donde la información se manipula fácilmente para servir a intereses particulares. En esta lógica, la verdad que se presenta está frecuentemente influenciada y moldeada por algoritmos que responden más a dinámicas de consumo que a criterios objetivos o éticos.

O'Neil (2018) explica que “los sistemas de inteligencia artificial, al ser diseñados y entrenados por humanos, no pueden ser completamente neutrales ni objetivos... pueden distorsionar lo que se considera verdad, y esto tiene un impacto directo en la manera en que las personas perciben la realidad” (p. 56). Es así que la relación con la IA plantea un desafío ético. Para Galup (2019), “lo que hagamos con toda esa capacidad disponible aún está por verse. Después de todo, tenemos una gran habilidad para volver humano e imperfecto todo lo que está al alcance de nuestras manos” (p. 116), ya que al ser esta una tecnología nueva, relevante y con tantas aplicaciones, es necesario comenzar a delimitar y establecer herramientas que permitan la objetividad en la información y eviten la manipulación de los grandes medios y generadores de contenido.

En este contexto, San Agustín advertía sobre los peligros de una sociedad que se deja seducir por las apariencias y se sumerge en la superficialidad, desconectándose así de la verdad profunda que da sentido a la existencia. Para el santo de Hipona, la verdad no es un objeto que se manipula ni un producto que se compra o vende; es un bien trascendente, eterno, que forma parte del mismo ser de Dios, como se ha expuesto anteriormente en *Las confesiones* o en *Los soliloquios*, y también en *La ciudad de Dios*. Sobre esto, afirma que “el verdadero Dios es la verdad misma, y en Él no puede haber engaño alguno” (Agustín, 2003, X,1).

Por el contrario, en una sociedad digitalizada, la relación entre la verdad y la vida humana se ha vuelto mucho más frágil. La tecnología, en lugar de ser simplemente una herramienta para el acceso al conocimiento, se ha transformado en un filtro que determina qué información vemos y cómo la interpretamos. Los algoritmos de la IA no priorizan necesariamente lo verdadero, sino aquello que genera más atención, ya que, como señala Coeckelbergh (2021), “la inteligencia artificial no solo organiza datos, sino que también interviene activamente en la construcción de la realidad social, influyendo en lo que las personas perciben como verdadero e importante” (p. 58).

La gravedad de esta situación radica en que el acceso a la información ya no es fruto únicamente de una búsqueda intencionada y del esfuerzo humano por comprender el mundo; “la mente humana, en su búsqueda de la verdad, es movida por el amor y el deseo de alcanzar una sabiduría superior” (Agustín, 2003, XII,1); por el contrario, en muchos casos, es el resultado de flujos de información controlados por medios o ideologías. De este modo, la verdad corre el riesgo de diluirse entre discursos personalizados, noticias diseñadas a medida o imágenes fabricadas mediante IA, debilitando nuestra capacidad de discernir lo real de lo aparente; a esto es a lo que se le denomina burbujas de contenido.

Hoy en día, el fenómeno de las burbujas de contenido refuerza la fragmentación de la verdad. Eli Pariser define las burbujas de contenido como “ese universo de información personal en el que vives en línea, un encuentro exclusivo para ti, creado por algoritmos que predicen qué información quieres ver basándose en tus clic anteriores y así terminas viendo, de manera inadvertida, solo aquello que coincide con tus propios intereses y puntos de vista, y casi nunca aquello que desafiaría o ampliaría tu perspectiva” (2011, p. 9). Esta despersonalización extrema limita por consiguiente el acceso a ideas diferentes y fortalece visiones parciales de la realidad, dificultando, además, el diálogo y el pensamiento crítico.

Es evidente, pues, que esta nueva sociedad, mediada por lo digital, ha hecho de la verdad algo transformable o, en palabras de Bauman, una “sociedad líquida”, en la que todo cambia

en cuestión de segundos; no existen verdades estables o eternas, sino más bien lo dictado por el mundo digital, el cual se basa en contenidos, filtros y *hashtags*, donde cada quien toma la verdad o la mentira según la conveniencia o la presión social, que es determinada por lo que es tendencia, por la definición dada por la IA o por los intereses económicos de los grandes medios digitales, los cuales manejan el contenido ideológico para imponer sus ideas y opiniones. “La modernidad líquida es una condición en la cual los individuos deben improvisar sus vidas en un entorno de constante cambio y sin un marco estable” (Bauman, 2002, p. 14).

Además, esta búsqueda de adhesión y de reacciones han impuesto la dictadura de la crisis de la identidad humana, de los relatos cambiantes, de la distorsión de los hechos y la difusión desmedida de contenidos poco coherentes con la realidad, pues “en la compleja sociedad contemporánea, que con acierto se ha denominado sociedad del riesgo, la elaboración de contenidos fraudulentos no es una actividad ni mucho menos novedosa, pero su distribución masiva en las redes y medios de comunicación está alcanzando categoría de pandemia” (López-Cantos et al., 2020, p. 2).

Esto ha conducido a la sociedad a entrar en un proceso de desinformación en el que “lo más preocupante es el cuestionamiento de la relación entre la política y la verdad, en un entorno en que la obstrucción de los valores está desafiando la objetividad de la ciencia, con el peligro de que se esté asistiendo a un retroceso social” (González Arencibia, 2021, p. 18), a tal punto que la especulación, que genera polarización, incertidumbre y miedo, es aprovechada por movimientos políticos e ideológicos para mover la conciencia de las personas que, incautas y desconectadas de la realidad, están sumergidas en el mundo digital, perdiendo, como se argumentó anteriormente, la capacidad de pensamiento crítico, e incluso su identidad.

A este fenómeno de manipulación se le conoce como posverdad, con el cual la humanidad “está pasando a un estado de abandono e indiferencia, en medio de una guerra de ideas, en la que todo se vuelve legalmente válido y legítimo, según los deseos, intereses, convicciones y creencias personales del productor del contexto” (González Arencibia y Hernández Velásquez, 2021, p. 18). Esto quiere decir que la verdad ya no está en función de lo verdadero, tema que San Agustín trata ampliamente en *Los soliloquios*, sino que la verdad está en función de las interpretaciones emocionales, de ideologías como la LGTBIQ+ o de los grupos económicos y políticos.

“La veracidad de los hechos ya no importa, se violentan los sentimientos y la percepción” (González Arencibia y Hernández Velásquez, 2021, p. 7) para generar una ignorancia

frente al conocimiento de la verdad, haciendo que esta pierda su principal función: guiar la actuación de las personas según la conciencia moral. Ya lo advertía San Agustín: “Nadie quiere decir la mentira de tal modo que no se sepa lo que es la verdad. Y por eso yo te perdí, porque no admites al ser poseído con la mentira” (Agustín, 2003, X,41,66). Esto quiere decir que la mentira corrompe el alma del hombre, alejándolo de Dios, y, en términos modernos, podríamos decir que afecta su salud y bienestar emocional, alejándolo del gozo pleno de la vida.

La posverdad, entonces, no es simplemente una estrategia del ámbito comunicativo orientada a la manipulación mediante la creación de contenido multimedia con ayuda de la IA. A ello se suma la adicción provocada por los algoritmos en las redes sociales, diseñados para que ese contenido falso llegue a millones de personas en todo el mundo. Más allá de desinformar, la posverdad pretende transformar, a conveniencia de ciertas agendas e intereses económicos, los fundamentos mismos de la moral, la ética y la conciencia humana, atacando aquellas verdades que resultan incómodas o desfavorables. Como advierte González Arencibia (2021), “el empleo de las herramientas de la internet, Inteligencia Artificial, Big Data y un sistema de algoritmos, representan el poder monopólico de la ideología imperial” (p. 19).

Según Navarro (2022), “los hechos verdaderos y las noticias falsas que se relatan compiten en el mismo marco con sus respectivos sesgos en la arena comunicativa, donde los ciudadanos lectores, radioescuchas o internautas navegan entre formatos y contenidos, con sus sentidos y discernimiento alerta a todo aquello que pueda despertarles emociones, primero, y acaso suscitarles interés por descubrir y reflexionar sobre hechos, después” (pp.155-156).

Para San Agustín, la ciudad terrena representa el conflicto, el desorden, la soberbia y el orgullo, así como una fijación en las cosas temporales y materiales que ensordecen la voz del espíritu, cegando el corazón del hombre y llevándolo a la muerte del alma. La ciudad virtual, el mundo digital se constituye entonces como el lugar de la mentira, de la manipulación y de la desconexión con la persona humana, con la propia intimidad y con el Bien Supremo, el dador de la luz y la verdad: Dios, sin quien el hombre nunca podría alcanzar la verdadera felicidad ni la plenitud. “La ciudad terrena, dominada por la pasión de mandar, se gloria en su propia fuerza, mientras que la ciudad de Dios dice a su Dios: Te amo, Señor, mi fortaleza” (Agustín, 2003, V,14).

Si bien podríamos decir que hemos entrado en la mejor época de la historia del conocimiento, donde se investiga más que nunca, donde el ser humano en cuestión de

segundos puede acceder a un sinfín de textos, imágenes y videos mientras interactúa con las personas en cualquier parte del mundo, esta expansión, este florecimiento nuevo del conocimiento y de la conexión del mundo convive con la expansión de su contrario: el falso conocimiento, la mentira, la manipulación, la pérdida del sentido de conciencia, la falta de criterio moral y ético. Esta paradoja, este nuevo dualismo plantea una tarea inmensa a los gobiernos y referentes morales de la sociedad: regular desde la ley, la educación y la vigilancia el cuidado de la verdad, pues en un entorno de hiperconexión y de especulación, los avances científicos deben apostar por el cuidado de la veracidad que se traducirá en correcta transmisión del pensamiento y, en últimas, en el bienestar mental.

Una muestra de lo anterior es que “en la última década se han incrementado notablemente los estudios en el ámbito de la comunicación pública de la ciencia y el periodismo científico con el objetivo último de comprender y afrontar mejor los profundos cambios que se están produciendo en los medios de difusión y en la propia comunidad investigadora y las instituciones” (López-Cantos et al., 2020, p. 3). Es por esto que la búsqueda de la verdad no se puede relegar a un segundo plano; ella debe ser el camino bajo el cual se generen los nuevos avances que vendrán en temas de comunicación y transmisión de la información.

Por lo anterior, San Agustín en *La ciudad de Dios* no solo ofrece un argumento de riqueza espiritual, sino que también abre una oportunidad para reconsiderar nuestra relación con los medios digitales y aprender a dominarlos. Podría decirse que, en la actualidad, San Agustín también sería un gran psicólogo, ya que para él la verdad tiene que ver con el sentido de libertad y felicidad, y se orienta hacia lo eterno, espiritual y trascendente: “Nada ama el alma con mayor fervor que la verdad, y por ello, cuando la descubre, se siente gozosa como si hallara lo que desde siempre había anhelado” (Agustín, 1984, I,14). Es una invitación a la intimidad personal y a la vivencia en comunidad. *La ciudad de Dios* se guía por la búsqueda de la justicia y la paz, que comienza con el trabajo en común, y se aleja del egoísmo y la superficialidad que predominan en el mundo digital.

En este sentido, podríamos decir que la ciudad digital simboliza la caída y la desconexión espiritual, donde la búsqueda desmedida de lo temporal, novedoso, inmediato o emocional termina por oscurecer la verdadera esencia del ser humano, llevándolo a la desdicha y a la muerte del alma en términos agustinianos. En contraste, la ciudad de Dios ofrece una alternativa orientada a lo eterno y trascendente, donde la verdadera felicidad se encuentra en la relación con Dios y en la vida en comunidad, la reflexión y el esfuerzo, fruto de un sentido crítico.

Esta es, ante todo, una cuestión antropológica que invita al hombre a redescubrir la importancia de la comunicación humana, del renacimiento de su ser espiritual y de las humanidades como principio que le defina en una reflexión constante sobre la verdad, para la cual el ejercicio contemplativo se hace indispensable. Se trata de preguntarse: ¿Qué significa ser humanos hoy, cuando lo artificial también piensa? Y, ¿de qué forma se interactúa con la tecnología, que no es otra cosa que una extensión del hombre?

## Conclusión

En conclusión, la era de la IA plantea grandes desafíos para el hombre; su acercamiento a la verdad y su concepción de sociedad pueden ser enriquecidos desde la perspectiva del pensamiento de San Agustín. En un mundo digital dominado por algoritmos, datos masivos (Big Data) e información instantánea, que muchas veces busca generar pánico, la noción agustiniana de verdad, como algo que trasciende lo temporal, es un gran instrumento que podría ayudar a mejorar nuestra relación con el mundo digital, haciéndola más sana. San Agustín insta a que la verdad no sea vista como una construcción subjetiva ni una mera acumulación de datos, sino como una realidad que tiene su fuente en Dios, el bien supremo. En la era digital, donde la manipulación de la información y la superficialidad pueden distorsionar fácilmente la verdad, esta visión invita a buscar con mayor profundidad la integridad, la autenticidad en el conocimiento y la conexión de lo interior de la persona humana.

Desde la perspectiva planteada por San Agustín, la sociedad actual enfrenta el riesgo de dejarse guiar por “las ciudades digitales”, las cuales, al igual que la ciudad del hombre, están orientadas hacia la búsqueda de poder, reconocimiento y satisfacción inmediata, movida por datos generados por algoritmos que son fácilmente manipulables por los grandes grupos sociales, aliados con el poder político; ellos, a menudo, sacrifican la verdad, la integridad moral y los valores de la sociedad en aras de sus intereses.

Sin embargo, San Agustín, en *La ciudad de Dios*, sugiere una alternativa que puede ayudar a la sociedad a orientarse hacia la construcción de una comunidad más justa, centrada en valores trascendentes y en una búsqueda de la verdad que integre tanto la razón como la fe y el uso sano y responsable de los medios de comunicación digital, los cuales se convierten en una gran posibilidad e impulso para la transmisión del conocimiento, la transformación positiva de la humanidad y la democratización del saber.

La llegada de la IA, del metaverso y los algoritmos como mediadores de la realidad han creado una nueva ciudad: la ciudad digital. Este espacio virtual, que se ha convertido

en un entorno cotidiano donde se trabaja, estudia y se relaciona con las demás personas, no es neutro: no es un espacio libre de manipulación; por el contrario, está moldeado por intereses económicos, ideológicos, políticos y tecnológicos, que condicionan la información, la construcción del conocimiento y, en última instancia, las cosmovisiones e identidad de cada persona humana.

San Agustín no solo describe el conflicto entre lo espiritual y lo terreno; también entre dos forma de ordenar la vida: describe una tensión entre el deseo de amar, de libertad, de conocer, y el deseo de dominar, de imposición, de imitar o adquirir prestigio, realidades muy comunes en lo digital y que son expuestas en los contenidos multimedia.

En la ciudad digital, marcada por la posverdad y la manipulación algorítmica, se propicia la pérdida del ser humano; al igual que los prisioneros de la caverna de Platón, el hombre corre el riesgo de conformarse con las proyecciones de la realidad que percibe en las redes y de perderse de la realidad, de la interioridad y del discernimiento dado por el sentido crítico y la moral. San Agustín, por el contrario, aboga por la resistencia ante la pérdida de la superficialidad mediante la búsqueda de la participación de la verdad, es decir, la participación de Dios, quien es fuente de verdad y, por naturaleza, representa todo lo que es pleno, eterno y estable.

El pensamiento agustiniano no es entonces simplemente una visión teológica o religiosa: es una invitación a construir una sociedad más justa y verdadera, aplicado esto al entorno virtual. Esto hace que sea necesario poner nuevamente la mirada en la salud mental, en la dignidad de la persona humana y en la importancia de la interioridad, la reflexión y la contemplación, mediante un renacimiento de las humanidades y de las grandes preguntas antropológicas que promuevan la construcción de parámetros claros que protejan de los peligros de la desinformación, la especulación, la manipulación de los hechos y la adicción al contenido digital, especialmente en los niños y adolescentes, quienes sufren las consecuencias de esto: la ansiedad, la depresión y el estrés.

## Referencias

- Aguirre, E., Pareja, C., y Yepes, E. (2023). *Influencia de redes sociales en la salud mental positiva de adolescentes*.
- Alemany-Martínez, A. M. (2022). Redes sociales educativas para la adquisición de competencias digitales en educación superior. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, 27(94), 235–262. <https://doi.org/10.54198/rmie.v27i94.548>

Ball, M. (2022). *El metaverso y cómo lo revolucionará todo* (A. González Sanz, Trad.). Deusto.

Bauman, Z. (2002). *Modernidad Líquida*. Fondo de cultura económica.

Canterbury, A., Castañeda, F., Lozano-Vásquez, A., Vaughan, N., Filippo di Silva, M., Carmen Elvira Torres, M., López-Farjeat, L., y Mora-Márquez, A. (2018). *Tratado sobre la verdad*. Universidad de los Andes.

Coeckelbergh, M. (2020). *Ética de la inteligencia artificial*. Ediciones Cátedra.

Cuéllar Bassols, L. (1981). *El hombre y la verdad*. Herder.

Entezari Najafabadi, A., y Roig, E. (2022). El mundo digital y su impacto en la identidad del espacio público: El caso de Times Square. *Revista AUS*, (32), 31–38. <https://doi.org/10.4206/aus.2022.n32-05>

Galup, L. (2019). *Big data y política*. B Ediciones.

García García, Tuñón, S. (2024). IA desde cero: *Inteligencia artificial explicada de forma fácil*.

González Arencibia, M., y Hernández Velázquez, M. (2021). Una mirada crítica al pensamiento de la postverdad. *Serie Científica De La Universidad De Las Ciencias Informáticas*, 14(7), 17–37.

Hirschberger, J. (1959). *Historia de la filosofía*. Tomo 1: Antigüedad, Edad Media, Renacimiento. Herder.

Hootsuite y We Are Social. (2022). Digital 2022: Global Overview Report. <https://www.slideshare.net/slideshow/digital-2022-global-overview-reportwe-are-social-y-hootsuite/251071560>

Lara-Navarra, Pablo; López-Borrull, Alexandre; Sánchez-Navarro, Jordi; Yànez, Pau (2018). “Medición de la influencia de usuarios en redes sociales: propuesta SocialEngagement”. *Revista El profesional de la información*, v. 27, n. 4, pp. 899-908.

Landa, J. (2021). Platón: la experiencia de la verdad. *Theoría. Revista Del Colegio De Filosofía*, (40), 83–116. <https://doi.org/10.22201/ffyl.16656415p.2021.40.1510>

- Liberos Hoppe, E., Ahumada Luyando, S., y Sánchez Ahumada, M. (2024). *Inteligencia artificial para el marketing: Cómo la tecnología revolucionará tu estrategia*. Editorial Esic.
- López, C. Cortiñas, R, y Rodríguez, M. (2020). *Comunicación del conocimiento científico en la era de la postverdad. Retos y oportunidades*. Prisma Social, (31), 1–5.
- Navarro, A. (2022). Posverdad, medios de comunicación y poder. Un problema para las humanidades. *Revista Comunicación y Hombre*, (18), 147–162.
- Rouhiainen, L. (2018). *Inteligencia artificial: 101 cosas que debes saber hoy sobre nuestro futuro*. Alienta Editorial.
- Pariser, E. (2011). *The filter bubble: What the Internet is hiding from you*. Penguin Press.
- Pegueroles, J. (1962). La búsqueda de la verdad en la vida y en las obras de San Agustín. *Revista Espíritu: Cuadernos del Instituto de Filosofía de Balmesiana*, 11, 69–84.
- Platón. (1993). *La República* (Herederos de José Manuel Pabón y Manuel Fernández Galiano, Trads.). Altaya.
- O'Neil, C. (2018). *Armas de destrucción matemática: Cómo el big data aumenta la desigualdad y amenaza la democracia* (A. Pérez de Villar, Trad.). Capitán Swing.
- San Agustín. (1984). *Soliloquios y Acerca de la vida feliz*. Lumen, Ed.
- San Agustín. (2003). *Las confesiones*. Ciudad Nueva.
- San Agustín. (2003). *La ciudad de Dios* (E. Romero, Trad.). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Triana, J. (2024). Resistencia humanitaria frente a la despersonalización tecnológica en redes sociales. *Abrimos Caminos*, (40), 8–11. Instituto Bíblico Pastoral Latinoamericano.
- Turkle, S. (2019). *En defensa de la conversación: El poder de la conversación en la era digital* (J. E. Roca, Trad.). Ático de los Libros. (Obra original publicada en 2015).
- Universidad Isabel I. (2024, junio 25). *Redes sociales, dopamina y su impacto en niños y adolescentes*. <https://www.ui1.es/blog-ui1/redes-sociales-dopamina-y-su-impacto-en-ninos-y-adolescentes>

- Vargas Llosa, M. (2015). *La civilización del espectáculo*. Debolsillo. <https://bit.ly/3MTfzIt>
- Vilarroig Martín, J., Monfort Prades, J. M., y Mira de Orduña y Gil, J. M. (2023). Platón, San Agustín y San Anselmo: Tres buscadores de la verdad, ejemplo de la verdad del hombre. SCIO. *Revista de Filosofía*, (24), 25–51. [https://doi.org/10.46583/scio\\_2023.24.1103](https://doi.org/10.46583/scio_2023.24.1103)
- Villalba, J. F. (2020). Algor-ética: la ética en la inteligencia artificial. *Anales De La Facultad De Ciencias Juridicas Y Sociales De La Universidad Nacional De La Plata*, 17(50), 062.